

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Abajo los yankees!, por Fiacro Yráyoz.—El numen eterno, por Sinesio Delgado.—Contra el vicio de pedir..., por Calixto Navarro.—Y va de cuento, por Ramón Asensio Mas.—Una cursi, por Luis de Ansorena.—Nubes de verano, por Juan Pérez Zúñiga.—Fruslerías, por Alberto Casañal Shakery.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Javier de Burgos).—De aquellos polvos... (ocho viñetas).—Una cursi (tres viñetas).—España cómica: por Cilla.



DE TODO UN POCO

Los senadores *yankees* nos han ofendido, es verdad; pero ¡mire usted que lo que nos aburren ahora los hombres políticos con sus declaraciones!...

Yo no sé qué es peor: si que nos falten de palabra los norteamericanos, ó nos molesten con sus interminables artículos los periódicos al uso.

¿Qué falta nos hace á nosotros conocer la opinión de D. Fulano ni D. Perengano sobre el conflicto pendiente?

Y, sin embargo, hay periodistas que andan casa por casa molestando á algunos padres de familia y obligándoles á que lo dejen todo y emitan su opinión autorizada respecto de la guerra.

—¿Está D. Prisco?

—Sí, señor; se está mudando, porque hoy es domingo, y él se muda de todo dos veces por semana.

—Pues dígame usted que le espero.

—¿Ha de salir en paños menores?

—No importa; dígame usted que está aquí un redactor de *El Reducto Constitucional*.

—¿El *eructo* ha dicho usted?

—Reducto... La cosa es muy urgente.

D. Prisco recibe el recado y se emociona.

—¿Un redactor del *Reducto*? ¡Demonio! ¿Qué me querrá?—dice metiéndose por la cabeza una camisa limpia.

Y se presenta inmediatamente en la sala, medio oculto el cuerpo por un batín que parece una chambra de señora.

—Soy yo, Sr. D. Prisco—le dice el redactor.—Vengo á celebrar con usted una conferencia sobre las gravísimas circunstancias que nos circundan, digámoslo así.

D. Prisco se considera dichoso y sonríe.

La prensa periódica solicita su autorizada opinión: España entera va á leer al día siguiente sus lucubraciones. Cánovas mismo las estudiará con interés.

—Siéntese usted—dice al periodista, señalando una butaca; después añade: Dispense usted si me presento con la ropa de casa. Este pantalón me lo pongo solamente en los días impares, que es cuando me afeito.

—Usted está bien de todas maneras.

—Gracias.

—Ante la gravedad de los acontecimientos, la cuestión de indumentaria es cosa baladí é insignificante. Lo que ahora necesito, sobre todo, es la opinión de usted.

—El caso es que no esperaba esta visita y me presento con un pantalón deteriorado por la parte de atrás.

—No importa, D. Prisco. Lo que yo vengo á buscar son ideas, no detalles de sastrería... Concretemos la cuestión: ¿qué opina usted de la guerra de Cuba?

D. Prisco apoya la cabeza en el respaldo de la butaca, coloca el dedo índice en la frente y dice así:

—Cuba, «el más rico florón de la corona española», atraviesa por una crisis terrible...

—Perfectamente—interrumpe el *reporter*;—ya tenemos una idea luminosa. ¿Me permite usted apuntarla?

—Apunte usted.

—Ya está.

—Continúo. Cuba, por la riqueza de su suelo, es fértil, y además de fértil, rica. Pues bien, hoy la guerra la asola ó asuela, que de ambos modos puede decirse...

—¿Y los Estados Unidos?

—¡Oh, los Estados Unidos! ¡La votación de la Cámara! ¡Todo esto es un drama! ¡La votación de la Cámara! ¡Todo esto es un drama!

—¿Cree usted?

—Sí, señor, muy grave.

—¿De suerte que la guerra?...

—La guerra tiene que venir necesariamente, ó quizás no venga nunca. Las cosas suceden ó no suceden. No hay más que este dilema.

—¿Y las demás naciones? ¿Qué harán?

—¡Oh, las demás naciones! Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Portugal, Andorra... Hé aquí el problema. ¿Qué harán las demás naciones?

—¿Y el Montenegro?

—No tiene novedad, gracias.

—No me ha entendido usted. Pregunto por el principado de Montenegro.

—Le había á usted entendido *suegro* y creí que me preguntaba usted por el mío. Pues bien, el Montenegro hará lo que las otras naciones.

—¿Qué importante observación! Voy á apuntarla.

D. Prisco se siente orgulloso y feliz. Halagado por las frases de su interlocutor, echa en olvido los agujeros de los pantalones y se pone á pasear por la estancia, enseñando lo que no puede decirse. Bueno será advertir que D. Prisco no ha usado nunca calzoncillos porque le molestan.

—Pues bien—sigue diciendo el hombre ilustre,—voy á sintetizar mis opiniones acerca de la difícilísima cuestión americana que preocupa hoy, de consuno, al gobierno de S. M., al país, al capital y al trabajo; lo mismo á la industria, esa fuerza viva, que al comercio, esa fuente de riqueza... La cuestión americana es grave, ya mírese bajo su aspecto físico, ya bajo el moral, ó viceversa. La insurrección debe recibir el *condigno* castigo... Condigno; apunte usted esta palabra.

—¿Con jota?

—No; con *g* sencilla y acento en la *í*.

En aquel momento la criada interrumpe las importantes declaraciones de D. Prisco preguntando desde la puerta:

—Dice la señora si viene usted á almorzar.

El visitante se levanta diciendo:

—Por mí no se moleste usted. Yo ya tengo cuanto deseaba. ¡Qué hermoso discurso acaba usted de pronunciar! Gracias, D. Prisco, muchas gracias.

D. Prisco, cada vez más entusiasmado por aquellos elogios, trata de retener al periodista para seguir emitiendo ideas luminosas sobre la cuestión de la beligerancia, y cuanto más se mueve, más se le van agrandando los agujeros del pantalón.

—Diré más—exclama D. Prisco.—Cuba es hoy el objetivo de las miradas de los hombres pensadores... Cuba es, digámoslo así...

—¡Prisco!—grita en aquel momento la esposa del orador presentándose furiosa en la puerta de la sala.—¿Vienes á almorzar, ó quieres que te dé un disgusto delante de ese caballero?

Y dirigiéndose al periodista:

—No le haga usted caso—le dice.—¿Qué sabe éste de Cuba ni de nada? ¡Parece mentira que los periódicos pierdan el tiempo publicando majaderías!

No es lo peor que se publiquen: lo peor es que hay muchísimas personas que hasta las leen.

Luis Taboada.



¡ABAJO LOS YANKEES!

Mi amigo Cipriano Herrera, un sujeto de Grijota, español y tan patriota como pueda ser cualquiera, al conocer la arrogancia de los Estados Unidos, que votaron atrevidos lo de la beligerancia, indignado, en el café y entre un círculo de oyentes, con palabras elocuentes, puesto de pie:

Montevidéo, L.

«Es preciso, amigos míos, aunque libremos batallas, demostrar á esos canallas que nos sobran muchos bríos».

Y añadía don Cipriano: «¡Esto indigna de tal modo que hay que hacer la guerra á lo que sea *americano!*»

Ante esa acción atrevida ni me humillo ni me arrastro. ¡Yo no vuelvo por el *Rastro* aunque me cueste la vida!

¿Yo á las *Américas*? ¡Quíal! ¡Ni un solo día de fiesta! ¡Primero me cortan ésta que volver yo por allá!

Y juro que mientras viva, aunque cien años viviera, no vuelvo á pisar la acera donde está *La Equitativa*.

Ayer me fuí á retratar en tarjeta *americana* por mandársela á una hermana que tengo en Villapomar, y hoy, que así nos atropella aquel pueblo tan grosero, ya le he dado encargo á Otero de que se quede con ella.

(Con la tarjeta, se entiende, no con la hermana, porque eso parecería un exceso

cuya sospecha me ofende.)
¿Veis todos este alfiler, que es de oro y está de moda y que el día de la boda me lo compró mi mujer?

Pues bien, queridos hermanos, lo rompo de indignación, porque he sabido que son diamantes... *americanos*.

En vista de que ese ultraje nos humilla y nos molesta, como señal de protesta voy á reformar mi traje.

De hoy más no me da la gana de vestir así. ¡Me irrita! ¡Viva, viva la levita! ¡Abajo la *americana!*

.....
.....
Y así, furioso, intranquilo y exaltado por momentos, iba exponiendo argumentos, todos por el mismo estilo.

Habría tal vez quien se ría del pobre Cipriano Herrera; pero, aun torpe y chocarrera, vale más esa energía

que la del gobierno hispano, que manda *notas y notas...*

¡Ay, si todos los patriotas fueran como don Cipriano!...

Fraero Uribe.

El numen eterno.

La vecina que toca el piano y el vecino que toca el trombón y el casero insolente y tirano que llevando el recibo en la mano siempre llega en muy mala ocasión;

el papá de la niña inocente que al noviajo se opone cruel y las citas de amor no consiente porque suele salir de repente para darle un porrazo al doncel,

y la suegra antipática y fea que es del yerno constante obsesión, y el primito que lleva *su* idea y además es preciso que sea militar de cualquier graduación,

todos estos y más *elementos* de que ya no me quiero acordar sirven ¡ay! desde mil ochocientos para hacer epigramas y cuentos y coplitas con gracia vulgar.

¡Y aún dirán que en el género estriba el creciente procaz impudor que el social edificio derriba, cuando no hay en la musa festiva otro asunto más nuevo y mejor!

Muchos siglos, si el Dios justiciero no nos echa por otro carril, seguiremos igual derrotero, fustigando á la suegra, al casero, y al primito, y al padre cerril.

¡Oh, qué tiempos aquéllos, Dios mío, en que haciendo quintillas *al mar* y llamándole *fiero* y *bravío* ya era un hombre *poeta* de brío y eminente, y talento sin par!

Porque entonces, con cuatro bobadas que cualquiera podía escribir, se rompía el oído á pedradas y decían las gentes pasmadas:

— ¡Qué manera de hacernos reír!

Pero ahora, cualquier desgraciado que en los trotes se quiere meter, y se encuentra el camino trillado y al lector mucho más avisado, ¿qué demonios le queda que hacer?

Pues... agarra la pluma, se siente dominado por la inspiración, ¡y critica á la suegra insolente y al primito segundo teniente y al vecino que toca el trombón!

Sinesio Delgado.

Contra el vicio de pedir...

Ni voy de avaricia en pos, ni se puede reprimir la costumbre de pedir una limosna por Dios.

Es ya cosa establecida y resulta natural que al que le hace falta un real, cuando no tenga, lo pida.

Los pobres ser muchos suelen y es justo á extraños ó amigos... pero hay algunos mendigos que irritan más que conducen.

Varios ejemplos ahí van.
— *Señora, dos centimitos, que tengo cinco chiquitos sin un pedazo de pan.*

Y esto digusta á cualquiera, aun sin hablar de almas ruines, porque cinco *chiquitines* no los tiene, así... un cualquiera,

ni puede la sociedad, por deber ni por conciencia, sufragar la consecuencia de tanta... fecundidad.

Razonamientos extraños que yo en la vida me explico:
— *Caballero, un perro chico, que tengo ochenta y dos años.*

¿Y está usted firme y derecho como un roble y se lamenta?

Pues yo, si llego á sesenta, me daré por satisfecho; y aunque uno en huir se afane, dice de pronto un chiquillo:
— *Mírese usted el bolsillo; no tengo quien me lo gane.*

Pero, hijo, quita de ahí, ¡si eso le pasa á cualquieral... ¡Anda, pues si yo tuviera quien me lo ganara á mí!...

¡Cada cosa que se escuchal... Otro, con aspecto duro, ¿qué hace? Pegándose al muro alarga brazo y cachucha

y ya de pasar no hay modo para evitar el asedio, y uno se echa por en medio y se llena uno de lodo,

y hay momentos que se enlazan las peticiones; y dicen ¡unas cosas... y maldicen!.. y algunos hasta amenazan,

y espanta ver tanto yerro; todo esto haciendo omisión de llagas de almazarrón y de cojeras de perro,

y es preciso confesar y necesario decir que ya es un vicio pedir, y una tontería dar.

Calixto Navarro.

DE AQUELLOS POLVOS...



—Lo primero que hay que hacer es ganarse la voluntad de los Estados Unidos.



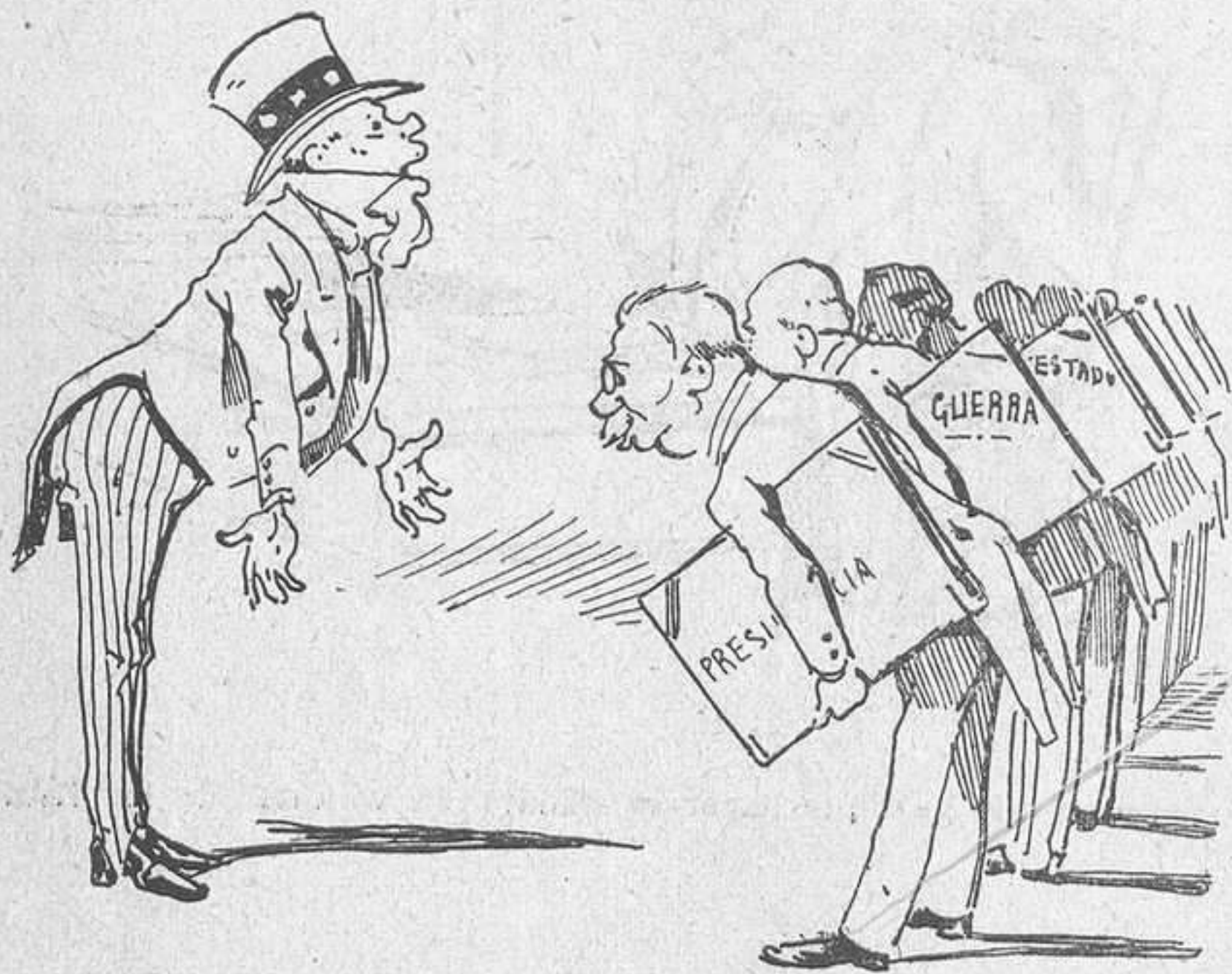
—Dígnese usted aceptar este pequeño obsequio.



—¿Dónde van ustedes?
 —A llevar estos cartuchos y estas armas á Cuba.
 —Vayan ustedes benditos de Dios, y buena suerte.



—Aquí hemos cogido esta buena pieza que ha hecho descarrilar trenes, ha incendiado pueblos y ha macheteado á unos cuantos infelices.
 —Bueno, pues denle ustedes chocolate con picatostes, que es súbdito norteamericano.



—Tengo el honor de participar á vuestras excelencias que hemos acordado declarar la beligerancia de los patriotas cubanos.
 —Bien hecho. Muchísimas gracias

Y VA DE CUENTO.

Pues señor, que hay en España desde tiempos antiquísimos un pueblo insignificante de cuatrocientos vecinos que lleva el nombre de Cueros, honrosamente adquirido, porque el pueblo se compone de curtidores de oficio. Y es el caso que una tarde anunciaron de improviso que iba á pasar por la aldea la señora de un ministro, y el entonces presidente de aquel sabio municipio,

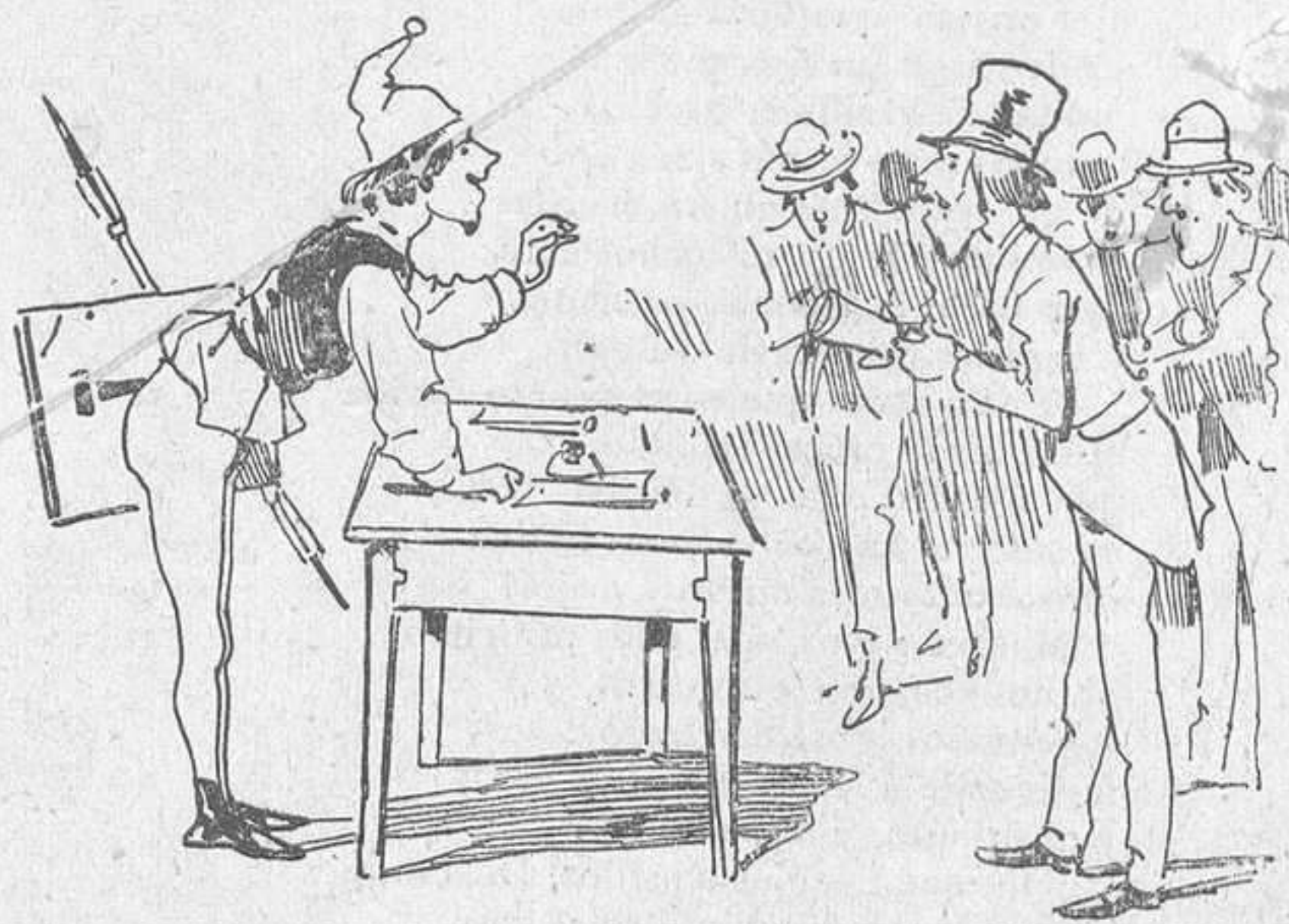
pretendiendo á la señora hacer un obsequio digno, ordenó á un subordinado que goza fama de listo que del cuero más costoso fabricase dos saquillos. Hízolo así el indicado y, cumpliendo lo ofrecido por la noche, á la siguiente mañana, muy tempranito, llevó al alcalde los bolsos que, después de concluidos, resultaron dos objetos verdaderamente artísticos.



Á consecuencia de todo lo cual, hemos venido á parar á lo que ven ustedes.



—Nada, todo esto nos pasa porque no tenemos un himno. *El Imparcial* ofrece mil pesetas al que presente unas coplitas sumamente patrióticas...



—Compañeros, no se molesten ustedes en hacer el himno, porque no va á quedar nación para cantarlo.

Le dió el alcalde... las gracias, se enteraron los vecinos, y con los trajes de fiesta, y entre algazara y bullicio, bajaron á la estación dignamente presididos por el municipio en masa, llevando los dos bolsillos. Pero no hay dicha completa ni es eterno el regocijo, ni la estación que hay en Cueros vale cuatro perros chicos. Así es que el tren en que iba la señora del ministro pasó veloz como el rayo, prosiguiendo su camino. Quedóse el alcalde atónito

bajo el peso del ridículo, y sin acertar apenas á explicarse lo ocurrido. Miróle indignado el pueblo, se oyeron varios silbidos, y queriendo en lo posible conjurar aquel peligro, rompió á hablar el secretario, que era un muchacho muy fino... ¡y se ganó una rechifla de padre y muy señor mio! Y allí se quedó el alcalde mustio y cariacontecido, en Cueros y con las manos metidas en los bolsillos.

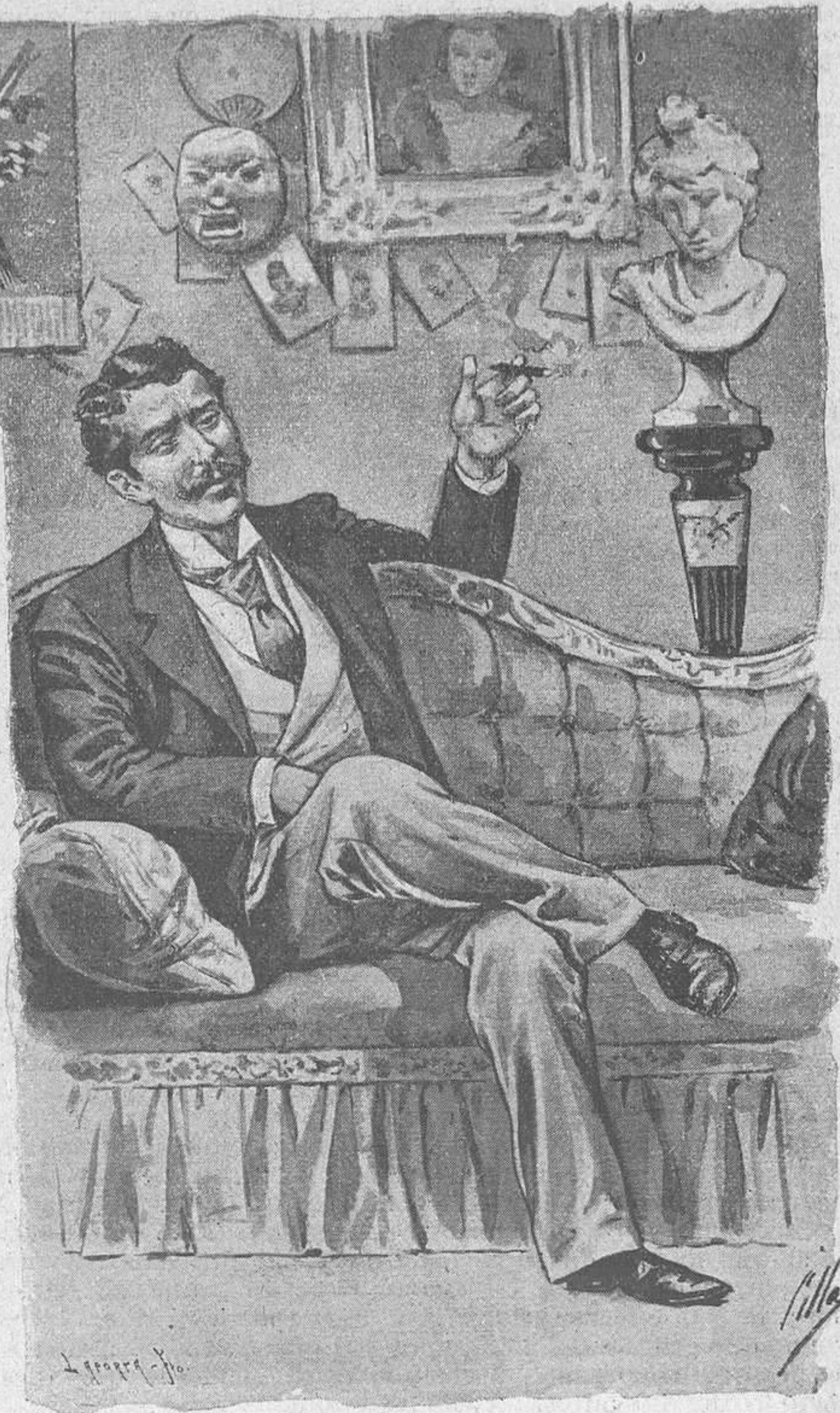
Ramón Asensio Mas.

Una cursi.

Gabinete amueblado con ese lujo chillón y pretencioso que revela haber confiado la elección y distribución de objetos á la iniciativa del comerciante. De aquí, la aglomeración de muebles costosos é inútiles; el derroche de riquísimas telas de difícil «salida» por lo excesivo del coste y lo efímero de su duración. Aspecto, en suma, de escaparate, sin detalle alguno que indique el hogar. No se ha tratado de buscar objetos que satisfagan necesidades de comodidad ó agrado, sino de elevar lo más posible el importe de la factura. En esta habitación, medio echado en un sofá y fumando, Enrique Es hombre de unos treinta y cinco años, de color pálido, ojos dormilones, boca despreciativa y hundida en los ángulos, frente surcada de arrugas, y movimientos perezosos. En conjunto, aspecto de hombre cansado y frío. En aquel instante la vaguedad de su mirada, que sigue con fijeza de idiota las nubecillas que forma el humo de su cigarro, parece indicar que su cerebro está vacío de ideas; que aunque sus ojos están abiertos, su alma duerme profundamente. En la actitud dicha permanece una media hora. Un campanillazo que suena en el interior de la casa le hace salir de aquella modorra. Se estira como un gañán cansado de la faena y se pone en pie, murmurando:

—Ella es... Bien... Hemos llegado al fin... Me alegro... Esto, un día ú otro tenía que suceder.

Momentos después entra en el gabinete una mujer joven y muy hermosa. Viste con elegancia y en el perfume que emana de su cuerpo se adivinan los minuciosos cuidados del tocador. Ni en la expresión de su rostro sus ademanes muestran el pudor, el encogimiento de la mujer que está iniciada en los misterios del amor físico, pero tampoco el desprecio que los conoce todos y está aburrída de conocerlos. Al entrar arrastra el venillo de su traje negro que, sujeto al sombrero, ensombrea su rostro con movimiento rápido, febril, que indica el ahogo que cosa le produce. Hecho esto, avanza un paso hacia Enrique, que, en el mármol de la chimenea, contempla á la joven con expresión irónica. Las primeras palabras que ella quiere pronunciar se salen de sus labios, por lo que queda inmóvil ante Enrique, con el fuego de sus ojos, y demostrando en su actitud una inconfundible profunda. Enrique no parece dispuesto á romper aquel enfado-



so silencio. Espera sin duda á que ella hable para responderla. Sigue fumando y mira alternativamente á la joven y al cigarro medio consumido, sin que sus ojos cambien de expresión al fijarse en una ó en otro; al fin, la mujer mete la mano en el bolsillo de su falda, saca de él un papel arrugado y, presentándosele á Enrique, exclama:

—Pero ¿eres tú el que ha escrito esto?...

Enrique (golpeando con el dedo meñique la ceniza de su cigarro, que cae sobre el mármol de la chimenea).—Sí... yo he sido... ¿De qué te asombras, Luisa?

Luisa (conteniéndose á duras penas).—Bueno: lo has escrito... Ahora es necesario que me digas la razón de haberlo escrito.

Enrique (mirándola fijamente y como sorprendido de la pregunta).—¿La razón?

Luisa.—Sí... ¿no lo entiendes? (Con arranque impetuoso que agolpa la sangre á sus mejillas). Pero ¿por quién me tomaste? ¿Te figuras que soy yo mujer á la que se despide como á una criada? (Retorciéndose las manos.) ¿Qué hombre es éste?

Enrique (mentalmente).—Llegamos á la escena inevitable en estas comedias. Ahora pretenderá convencerme de que es una mujer honrada... Era de esperar.

Luisa (después de contemplarle un momento en silencio y pretendiendo mostrar una calma que no tiene).—No desbarremos, Enrique. Me arde la sangre, pero quiero tener prudencia. Vamos á hablar con toda tranquilidad, ¿quieres?

Enrique.—Es mi mayor deseo.

Luisa (sentándose en el sofá. Enrique permanece en pie sin dejar el apoyo de la chimenea).—En tu carta me dices que consideras un imposible que nuestras relaciones continúen. De la causa que te obliga á tomar una resolución tan brutal no dices nada, pero yo tengo el derecho de preguntártela. Por eso te he contestado exigiéndote que nos viéramos por última vez... No... No pienses que pretendo hacerte fuerza para que vuelvas sobre tu decisión... Estos renglones (y estrujaba el papel que antes había sacado de su bolsillo) hacen imposible para siempre todo acuerdo entre nosotros. Entre estas letras veo tu alma, y tan negra la veo, tan baja que me da asco... Demos, pues, por seguro que no me has herido en el amor que te tuve, porque el amor ha muerto de la puñalada traidora que le has dado. Pero la herida del orgullo sangra, y quiero curarla... Por eso te repito la pregunta: ¿por quién me tomaste? Necesito que me digas á qué obedece tu resolución. En suma, al probarme de ese modo, ¿es

que supones que no merezco más consideraciones que las que se tienen con una pérdida del arroyo? ¿Es que porque te di mi honra supusiste que nunca la tuve? Esto es lo que quiero saber.

Enrique (después de una pausa durante la que Luisa espera con ansiedad mal disimulada, porque, no obstante lo que ha dicho, aún conserva una última esperanza).—Luisa, no te pongo tan bajo como tú crees. No es eso.

Luisa (sintiendo que su esperanza crece, aunque la expresión indolente de Enrique al pronunciar sus últimas palabras indica de un modo claro que sólo por compromiso las ha pronunciado).—¿Luego hay un motivo?... ¿Es que dudas? ¿que me crees falsa? ¿que me condena alguna apariencia fatal?...

Enrique (cerrando aquel camino).—No... Es que, reflexionando con sangre fría, creo que vamos á un abismo sin fondo... y es preciso retroceder... Por ti misma... ¿no lo comprendes? Por mí no me asusta el final de esta aventura... (corrigiendo la palabra que involuntariamente se le escapó), de este amor que de tal modo nos ha trastornado... Ese final sería un duelo con tu marido, y no sería el primero del que saliese bien (con cierta jactancia, desvergüenza, mejor dicho). Pero ¿y tú?... ¿Qué te esperaba? ¿qué diría la gente? ¿qué harías? Desengáñate. Más pronto ó más tarde, todo se sabe... y nuestras relaciones se sabrían... Es preciso evitar que llegue este caso. Es preciso, Luisa...

Luisa.—¿Y es por eso sólo?

Enrique.—¿No es bastante?

Luisa (muy pálida y con esa frialdad que, tras la agitación profunda, indica la caída de un ídolo para el que se labró un altar en el alma).—Pues oye ahora. ¿Eres un miserable, un canalla!...

Enrique (avanzando un paso con arranque de bestia).—¿Luisa!

Luisa (con desprecio).—¿Pero no, ni eso! ¡un idiota!...

Enrique (herido en lo más hondo, tal vez por la verdad que encierra el insulto).—¡Mira lo que dices!

Luisa.—Digo lo que es verdad, y no te temo. ¿Cómo he de temerte ahora que te conozco? ¡Idiota, sí! No has comprendido lo que yo era. Has pensado que me entregaba á ti arrastrada por un instinto bajo, deforme, enfermizo... por sentir la nostalgia del mal, y no porqué creyera hallar en ti lo que en otro no encontraba: un ideal, un poco de frescura para el alma ahita de vulgaridad, ansiosa de emociones más grandes. ¡Y tú, entre tanto, pensabas que te entregaba un cuerpo, un cuerpo nada más, y cuando te cansa, le apartas con hastío, creyendo que has poseído todo lo que podías poseer de mí! ¿Que tu dicha llegó al término! ¿Que ya no tienes nada que gozar de mí! ¿Y quizás ahora piensas buscar otra mujer distinta... en el sentido en que puedes encontrar la diferencia: otro cuerpo, otra boca, otro color de ojos!... Y con el hastío de la nueva, irás en busca de una tercera, y así te pasarás la vida inútilmente, creyendo que conoces del amor cuanto se puede conocer... sin sospechar que has pasado por él sin enterarte, como lo que eres, como lo que dije antes... ¡como un idiota!

Enrique.—Bien... lo que quieras... Concluyamos.



Luisa.—Lo único que quería decirte ya está dicho... De forma que tienes razón... Adiós. (Se dirige á la puerta. Allí se detiene un momento. Clava los ojos en la inexpresiva cara de Enrique, y dice con ironía profunda:—Oye, piensa alguna vez en lo que te digo como despedida, que puede que te dé vergüenza recordarlo. Tú crees

que lo más ridículo del mundo es un marido que por su vulgaridad é insignificancia hace que su mujer se entregue á un amante, ¿verdad que lo crees? Pues te engañas. Hay otro ser más ridículo aún. ¡El amante que por su bajeza y su insignificancia moral hace que la mujer vuelva á su marido!

(Después de estas frases, Luisa lanza al rostro de Enrique una carcajada brutal por lo sarcástica y sale del gabinete.)

(Ya solo Enrique, enciende otro cigarro, se asoma tras la cortinilla del balcón para ver alejarse á Luisa y, satisfecha su curiosidad, se sienta en el sofá. En actitud meditabunda permanece un rato. ¿Le han causado impresión las palabras de Luisa? ¿Han abierto ante él horizontes desconocidos? ¿Comprende al fin que, como ella le ha dicho, pasa por el amor sin enterarse de él y sin gustar por lo tanto sus más encantadoras delicias? Véase lo que dice al levantarse para coger su sombrero y salir:)

—Nada, nada, que en cuestión de elegir mujeres debe uno andarse con pies de plomo. No basta que sean hermosas: las hay que lo son mucho... pero también horribilmente *cursis*... ¡y éstas son las que aburren más pronto!

Luis de Anorena.

Nubes de todo tiempo.

En el ojo derecho tenía Berta una nube tan grande como una espuerta que tapaba su niña correspondiente, aunque no por vergüenza precisamente. Á pesar de la nube, la entró Garrido por el ojo derecho para marido, y Garrido, ignorante de que su amada era alegre de cascos la condenada, dijo:—Bueno; me caso, mas sin demora quiero ver las dos niñas á mi señora. Hizo para lograrlo cien mil locuras, llevándola á los baños, dándole unturas, poniéndola inyecciones de chocolate, frotándola los ojos con un tomate, separando la nube de la pupila con la punta del rabo de la badila, ¡qué sé yo cuántas cosas!... Y en suma nada, pues la niña seguía tan *recapada*. Ya por fin un famoso veterinario que era un disipa-nubes extraordinario y que había quitado nubes iguales á dos bueyes, á un mulo y á dos zagales, la cogió por su cuenta, la dió un unguento alejó aquella nube, pero al momento, y ambas niñas Garrido miró en su esposa, que, al quedar despejada, quedó preciosa. Consecuencia inmediata, caros lectores: la salió una caterva de adoradores, que, como ella era alegre de nacimiento, fácilmente lograron su torpe intento. Y el marido exclamaba desesperado: «¡Bien se estaba la niña con el nublado! ¿Qué haré yo, Virgen santa, para que Berta otra vez en un verbo se quede tuerca?» Y á un pintor de ventanas de Calamocha fué y le compró abayalde, barniz y brocha y una noche que, hermosa, sobre su cama Berta dormía libre de toda escama, para sí el buen Garrido dijo furioso: «¡Ahora verás, infame, lo que es tu nube!» ¿Qué me importa que el ojo se te desma? Y cogiendo la brocha tapó la niña con una nube que era, mal comparada, una yema de coco despachurrada. Tranquilo y satisfecho quedó Garrido. Mas le di este consejo (que no ha seg... «¿No tiene otros encantos tu amada? Pues aunque gaste nube, tú vive alegre que hay hombres á quien eso no les importa y adoran con paraguas, si á mano... Y mientras siga Berta con sus locuras no deseches la brocha ni las pinturas, pues tendrás cada lunes y cada martes irla poniendo nubes en todo el

Guán

ESPAÑA CÓMICA.

Logroño



A la puerta de casa.

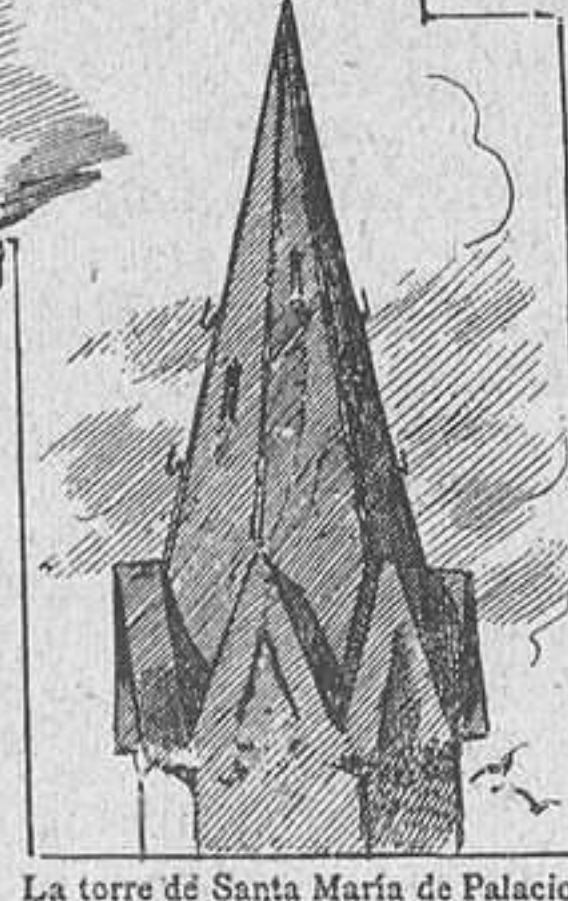


Una castañera en la plaza de la Constitución con su tertulia correspondiente.

¡Andai, echarli guindas á este riojanito!



Como prueba este tipo hay en esta región, recuerdos de Navarra, Castilla y Aragón.



La torre de Santa María de Palacio.

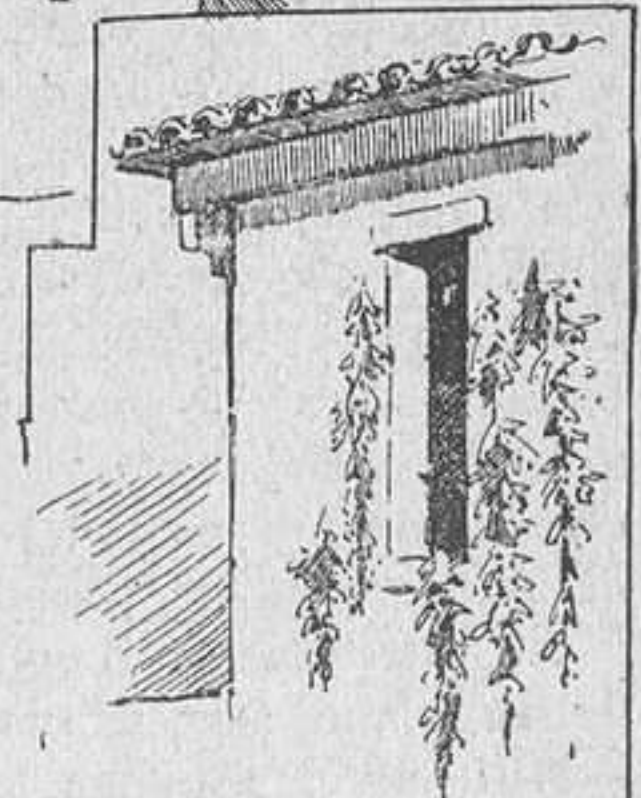


El mercado.



Aquí está un mozo barbián para quien quiera algo de él.

Y es lo que yo digo: ¿quién diablos se comerá tantos pimientos?



Las fachadas sencillas se adornan con pimientos y guindillas.

Frustrerías.

—¡Esto es el cielo!— con placer decía cuando amaba á Sofia.
Y cuando estaba loco por Victoria exclamaba también:—¡Esto es la glorial
¿Qué pecador no encontrará consuelo si sabe, como yo, que hay más de un cielo?

Hay quien tiene al amor por atrevido, y cuando algún amante hace un exceso, se hace la reflexión de que es Cupido un niño muy travieso.

Mis reflexiones son distintas de éstas cuando falta un amante á sus deberes. El amor no es travieso. Las traviesas en mi humilde opinión, son... ¡las mujeres!

Luisa, Inés, Rita, Juana, Mercedes, Lola...
¡Si viera usted qué poco se llevan todas!

Esta noche á cenar me he invitado y á no aceptar me veo precisado. Pues cuando tú conviertes a Filomena, es porque te hace falta un convidado... que te pague la cena.

Si es muy triste la vida de las hembras comparada á la vida de los hombres y engañándonos gozan, pobrecitas! dejémosles, al menos, ese goce.

Perdió Juan la otra tarde una cartera con billetes de Banco. Pareció la cartera. Los billetes... ¡échelos usted un galgo!

Elvito Casañal Shakery.

CHISMES Y CUENTOS.

Excmos. Sres. Presidente del Consejo, ministro de Estado, ministro de la Guerra y ministro de Marina:

Muy señores míos: Tengo la seguridad, ó por lo menos vehementes sospechas, de que vuecelencias no leen el Madrid Cómico, porque si nos hiciesen ese honor vuecelencias... ¡ay! este sonsonete me va á echar á perder el discurso; voy á dár el tratamiento, con permiso, porque si ustedes lo leyesen habrían tenido ocasión de notar que aquí vamos anunciando los sucesos con dos meses de anticipación.

Cuando los Estados Unidos resucitaron el expediente Mora, reclamando los célebres treinta millones, todo el mundo vió claro que se trataba de engañar á ustedes miserablemente poniendo precio á una neutralidad que había de quedarse en agua de cerrajas.

Y yo, el más humilde de los vasallos de ustedes, tuve el honor de aconsejarles que contestasen en buenas palabras:

— Oro no tenemos. ¿Les da á ustedes lo mismo recibir el importe en balas?

Y puede jurarse sobre los Santos Evangelios que esos senadores que parecen rabaneras, ó esas rabaneras que parecen senadores, habrían tenido á bien dar la callada por respuesta... y quedarse sin el millón y medio de duros.

Pero ustedes se pusieron testarudos como ustedes solos, pagaron como unos benditos, y han seguido con una complacencia rayana en la beatitud dando explicaciones por todo y para todo. No han pegado ustedes, que se sepa, cuatro puntapiés á ningún corresponsal de los que andan por Cuba dedicados al espionaje, ni han fusilado ustedes todavía al Inglesito, ni han protestado una sola vez de esas expediciones que salen á todas horas de los Estados Unidos; dándose por muy satisfechos con que sorprendan alguna, pro fórmula, para dejarla en libertad al día siguiente.

Y aun, cuando se aprobó en el Senado norteamericano la proposición del reconocimiento de la beligerancia, echaron ustedes á volar la especie de que aquello no era un detalle importante y hasta quisieron ustedes hacernos creer, por medio de los periódicos oficiosos, que los insurrectos iban á salir muy perjudicados!

Gracias á que la indignación popular, sin llegar á estallar precisamente, ha sido tan viva y tan honda, y la energía del país se ha despertado tan vigorosamente, que ya no es fácil encontrar modo de arreglar el cotarro por la buena, y hay que liarse la manta á la cabeza, que es lo que nos estaba haciendo falta hace mucho tiempo.

